

sinceros, tan honrados como sus palabras. Sonrió, pensando que aquel al menos no la despreciaba.

Al final de la velada, cuando la gente se iba retirando, el general Frémof, siempre contento de sí, se acercó á la dueña de la casa para despedirse y recibió un cumplido que no esperaba.

—General, es usted un mal sujeto—le dijo á media voz, con entonación de reproche,—el más agradable de los malos sujetos, pero entre solteros ó en casa de señoras de edad que nada han de temer. Yo tengo jóvenes á quien casar; usted podrá venir á verme cuando no haya solteras en mi casa.

—Entender es obedecer—dijo Frémof con galantería, besando la mano que le plantaba en la puerta.—Trate usted de que sea muy pronto, princesa.

La princesa no pudo dejar de reirse. Sin embargo, Ariadna no debía olvidar aquella afrenta.

## XXII

—¡No se puede hablar así!—pensaba Ariadna, sentada sobre el pequeño canapé de su habitación en ese estado de descorazonamiento que sigue á las grandes indignaciones,—hay hombres que creen tener derecho á insultarme, con frialdad, deliberadamente. ¿Cómo me justificaré? ¿Quién me salvará? ¿Quién les dirá en la cara: ¡Miente usted cobardemente!

Ariadna no esperaba que nadie la ayudase, así es que tomó la resolución de retirarse todo lo posible de la sociedad en medio de la cual vivía. El sacrificio se hizo sin aparato, sin vacilación y hasta sin pesares. Aquel mundo no estaba hecho para ella y no podía encontrar en él afecto serio: lo atravesaba como recorre un pájaro todas las regiones que le separan de su nido. El arte era su verdadera patria, y era en el arte donde hallaría todos los placeres que la recompensasen de tantas penas.

Esta resolución le proporcionó la gran tranquilidad que de vez en cuando la invadía, después de las luchas interiores.

Dos años faltaban aún para el plazo fijado para la terminación de sus penas; y aguardaba el final sin

esfuerzo y sin impaciencia.

Al siguiente día de aquel baile, la princesa se presentó á la hora del desayuno con el aspecto afable y cortés que le era peculiar; aquella serenidad que nunca se desmentía, no era afectada, pues la princesa, según una frase vulgar, no era de las que se intimidan; las calamidades habían caído sobre su aristocrática persona; había amado, y lloró la muerte de un esposo joven; pero con los años había adquirido una especie de filosofía resignada, impresa en su semblante; mas el fondo sólo lo conocían sus íntimos, y eran muy pocos los que participaban de sus secretos.

Así es que con el semblante sonriente almorzó en unión de las dos jóvenes. Al levantarse de la mesa, después de haber alejado á su hija con un pretexto baladí, y al ir al mirador para tomar el café, como era de costumbre, dijo á Ariadna con su entonación melodiosa:

—¿Según creo, el general Frémof se ha permitido con usted algunas libertades poco convenientes?

La joven se puso pálida; reprimió un estremecimiento, pero debía responder y repuso:

—Sí, princesa.

—¡Bien!—dijo la gran señora sentándose;—no volverá más por aquí. Le digo esto, hija mía, para que sepa que estoy dispuesta á defenderla contra todos los impertinentes. No volverán á ofenderla, pero suplico á usted que sea todo lo prudente posible. Sobre este punto, estoy segura, y no siento la menor inquietud.

Sonrió como despidiendo á Ariadna, que murmuró

algunas palabras de gratitud, y salió.

Era una protección bien inesperada por cierto; por lo tanto, la joven se sintió fortalecida; la princesa comprendió también no tener necesidad de recomendarla que fuese prudente, y Ariadna acalló sus dolores, no pensando más que en el beneficio que recibía.

El invierno pasó; nada vino á alterar el orden de las veladas, de las asistencias al teatro, ni de las recepciones, hasta que llegó la cuaresma.

Ariadna se presentaba en las fiestas de la princesa, bailando con algunos jóvenes insignificantes cuando hacía falta pareja; pero mostrándose fría al ver acercársele algún caballero de mayor importancia.

Aquel sabio proceder le valió varias veces los elogios de la princesa, que no podía menos de admirar tanta discreción. En diferentes ocasiones le manifestó la satisfacción que sentía al hallarla tan digna de su cariño y de su confianza. Ariadna se convirtió en una amiga, y la princesa no daba fácilmente su amistad.

Entre los jóvenes insignificantes, entre los cuales Ariadna bailaba algunas veces, estaba Constantino Ladof. Verdad es que era de buena familia, pues de lo contrario las puertas de la noble casa no se hubieran abierto para él. Poseía algunos miles de rublos de renta, poca cosa en medio de un lujo tan extraordinario y de una sociedad para la que era una de las principales condiciones de la vida. Tenía una gran ventaja y era la de carecer de parientes, siendo en absoluto libre de sus acciones; **¿pero qué** podía importar esta cualidad en personas que esta-

ban acostumbradas á gastarse una fortuna en bagatelas?

Constantino Ladof era un joven amable, sin pretensiones, que, en vez de vestir el uniforme militar que da tanto realce, tuvo la mala idea de ingresar al servicio de un ministerio; y un funcionario civil está á cien codos, como prestigio, por debajo de un militar. Oficial de la guardia, Ladof hubiese sido un joven brillante; empleado en un ministerio, no era más que un muchacho gentil, lo cual no es la misma cosa.

Las madres rusas dejan con frecuencia revolotear en torno de sus hijas á esos jóvenes, á quienes no temen; los han visto crecer y les parecen tan insignificantes como los insectos en las veladas de esto: tal vez ellas también hallen placer secreto en verse cortejadas, adoradas, por aquellos jovencitos. Para ellos son menos que madres, casi tías; con la edad, el entusiasmo juvenil desaparece, pero la amistad, la confianza recíproca quedan casi siempre. Esto es lo que explica el crecido número de jóvenes de veinticinco á treinta años que se encuentran en los salones de mujeres que tienen cerca de cuarenta que han renunciado á la coquetería, pero no al delicado placer de los halagos y adulaciones.

Por desgracia, tan hermoso cuadro tiene su parte sombría. Las jóvenes que crecen en esta atmósfera de deferencias y corteses caballerosidades, adquieren la costumbre de la coquetería y la consideran como una necesidad. ¡La mamá es muy hermosa y ríe con los jóvenes! ¿Por qué su hija no puede hacer lo mismo?

Pero si la mamá la viese, reñiría con severidad á la hija; así es que la joven se guarda mucho de emplear su pequeño arsenal de astucias y finezas á la vista de su madre: coquetea en los rincones, en la hora del te que se sirve en la sala principal, mientras que corretea en torno de la mesa cubierta de chucherías, ó bien cuando los jóvenes ejercen el oficio de caballeros sirvientes.

Constantino Ladof revoloteaba con libertad en casa de la princesa Orlina, y era acogido con tanta atención y benevolencia como hubiese podido dispensar á un magnífico perro de raza acostumbrado á comer azúcar en su mano. Ladof no podía traer consecuencias, nada le impedía ir y venir; por la tarde ó por la noche, hacer música; acompañar á Ariadna cuando la suplicaban que cantase; tocar á cuatro manos con Olga cuando esta quería ponerse al piano, cosa que ocurría rara vez; Ladof era quien se encargaba de buscar los billetes para el concierto ó el teatro; era él también quien enviaba á buscar los helados cuando se tenía mucha sed; pero no era él quien pagaba: la princesa había declarado formalmente que no aceptaba nada de nadie, excepto las atenciones y cortesías.

Ariadna sabía que Ladof era un joven sin consecuencias; la princesa había hablado con claridad sobre este punto un día que Olga se expresó con mucha expansión sobre los méritos de aquel joven tan simpático; hasta el punto que más de una vez se permitió hablar con él y hasta abrirle las puertas de su alma.

Constantino Ladof estaba solo en el mundo; sabía

en lo que pensaba Ariadna cuando sus extrañas miradas parecían separarse del mundo de los vivos para concentrarse en una vida interna, como buscando el porvenir ansiado.

—¿En qué piensa usted, señorita, cuando nadie la ve?

Ariadna le miró un momento, contestándole con gravedad:

—Oigo algo que canta fuera de mí.

Sin contestarle, Constantino la miró á su vez; aquel silencio le abría el corazón de Ariadna; con Ladof podía hablar de arte, pues amaba la música con pasión; sentíase estimada y respetada.

Un día, hablando con él, se entusiasmó, en tanto que su ser se helaba de terror pensando en la respuesta que podía recibir, pues le había preguntado:

—¿Sabe usted, señor Constantino, que se ha dicho mucho malo de mí?

Ante esta pregunta, el joven, que conocía las calumnias de que Ariadna era víctima, respondió moviendo los hombros con indiferencia:

—¡Los imbéciles! ¿Quiénes podían ser? Es usted demasiado buena para acordarse de esto.

Ante estas palabras, Ariadna cerró los ojos para saborear el ardiente y luminoso placer que invadía su alma. Era, pues, estimada por aquel joven rubio, de ojos azules, de semblante honrado é inteligente. ¡Tenía un amigo!

Otro día aquel amigo, después de haber conversado con ella durante una hora, la dijo de repente:

—¡Es usted la mejor criatura que existe en el mundo! Si tuviese una hermana, querría que fuese

como usted, ó mejor dicho, que fuera usted.

—Yo no quisiera que usted fuese mi hermano— pensó Ariadna.

Pero en este pensamiento no había ninguna amargura; tendió amigablemente la mano á la que hubiera querido le perteneciese ligada por un lazo más íntimo que la fraternidad.

Poco á poco se acostumbró á dejar que Ladof penetrase en su corazón; tenía un lugar continuo en su pensamiento. Hasta entonces había buscado en los papeles que estudiaba la expresión poética y apasionada del sentimiento maternal; buscaba el amor, y lo encontró. Su magnífica voz hacía estremecer las cuerdas del piano con acentos de exaltada ternura que jamás había sospechado tener.

—¡Hay algo más que el arte!—se dijo, Ariadna vencida, sintiendo penetrar en ella la dulzura de un sentimiento que dominaba las fibras más tiernas de su alma. No me pertenezco; si él quisiese, renunciaría al teatro.

El mayor sacrificio que Ariadna podía hacer, se lo ofrecía á Constantino en el fondo de su alma; pero nadie lo sabía; las resoluciones de Ariadna eran un secreto entre ella y su conciencia.

Constantino estaba lejos de pensar en aquel sacrificio, tanto como de sospechar la causa. Sin notarlo, iba y venía, como dueño en el corazón de la huérfana; pero que con exactitud había expresado sus sentimientos cuando le dijo que la «hubiese querido por hermana» nada más; amaba á Olga; estaba locamente enamorado de la princesa Orline.

Olga, aunque se permitía algunas coqueterías, no

estaba de humor para dejarse arrastrar por nada que fuese más serio; se acordaba aún muy bien de lo que pasó en el instituto para tener la idea de dejarse comprometer por una palabra ó por una simple mirada que le causase una impresión desagradable.

Así es que rechazó á Ladof desde que empezó á ofrecerla sus primeros homenajes, y fué rechazado en tal forma, que creyó prudente retirarse durante algún tiempo. Durante este tiempo en que, enamorado tímido pero resuelto, miraba á su ídolo, fué cuando intimó más sus relaciones con Ariadna y, aunque sin quererlo, se hizo amar por ella.

Pasó el invierno, vino la primavera; la princesa había alquilado un hotel magnífico en Pavlovsk, pues le agradaba la vida de sociedad y lujo y rara vez se decidía, según su propia expresión, á *huir* á lejanos territorios.

Aquel estío rebosó en placeres exquisitos para Ariadna. Conocía de la naturaleza lo que los árboles del jardín del instituto le habían podido mostrar. Las flores, las verduras, los nidos, las sombras del gran parque de Pavlovsk derramaron á torrentes en su alma emociones nuevas y deliciosas, como el ciego que abre los ojos á la luz. Ignoraba si era el amor naciente ó la belleza de los añosos árboles quien hacía cantar en ella tantas voces desconocidas. ¿Qué le importaba? Las voces cantaban y las oía con éxtasis; esto era bastante para llenarla de placer.

## XXIII

Una tarde de julio, era lunes, día aristocrático, una reunión selecta oía la orquesta dirigida por Juan Strauss, entonces en el apogeo de su popularidad, y naturalmente, la princesa, con su hija y la joven cantante, estaban sentadas en el sitio más cómodo del jardín, luciendo hermosos trajes llegados de París el día anterior. Su escolta habitual un poco menos numerosa que en la ciudad, le daba guardia de honor, y Constantino Ladof, llegado en el tren de las siete y media, gozaba de la compañía de Olga, aquella tarde más humana que de costumbre. Ariadna oía la orquesta; había dado su corazón á Ladof, pero cuando hablaba el arte, su voz era más poderosa que todo lo demás.

—¡Bah!—repuso Olga á una frase de Ladof,—los hombres son generosos en prometer, y cuando se les pide que cumplan, retroceden con valentía.

—Los libros que le han dicho á usted eso la han engañado, señorita—replicó Constantino,—pues la puedo jurar...

—¿Qué?

—Que si usted se digna ordenarme algo...

Olga miró con desden al joven á través de sus

largas pestañas medio entornadas.

—Lo haría—concluyó diciendo Ladof;—lo haría aún á costa de mi vida.

—¡Qué idea!...—murmuró Olga turbada á su pesar por el acento caluroso y la sincera mirada de Ladof.

—¡Póngame usted á prueba!—añadió el joven, enardecido por un crescendo de la orquesta que debía seguir algún tiempo y terminar en un *tutti* ruidoso.

—¿Para qué quiere usted que le ponga á prueba?—preguntó Olga en voz baja, que oyó la respuesta antes que fuese dicha.

—Porque un pobre diablo como yo no puede permitirse amar á una persona como usted si no hace algo que le acerque á ella. Es usted demasiado rica, señorita, y de familia demasiado ilustre para que yo me atreva á pedir su mano; y sin embargo, yo la amo: ¡sí, la amo más que á mi vida!

Constantino hablaba con entonación reprimida, temiendo una mirada de cualquiera de las doscientas personas que podían volverse al más ligero ruido, y la princesa estaba á dos pasos. Pero, al concluir, levantó sus ojos, fijándolos en la joven, hallándose con una mirada bien extraña, pues había en ella una interrogación y casi una pregunta á la vez.

—¿Haría usted verdaderamente algo por mí?—preguntó Olga jugueteando con el abanico.

—¡Todo!

—Pues bien, arrégleselas usted de manera que ese caballero se vaya de Pavlovsk; no quiero verle.

Ladof siguiendo la dirección del abanico, vió al

sobrino de la señora Batourof que había formado parte del trío del instituto.

—¿Qué le ha hecho á usted?—preguntó el joven con ingenuidad.

—¿Qué importa?—repuso Olga.—Le odio.

Constantino se puso serio; una palabra semejante en una joven del gran mundo, tenía un alcance extraordinario.

—Lo ve usted—repuso Olga sonriéndose de una manera burlona.—Razón tenía yo al decir que todo se vuelven promesas.

—No, señorita—respondió Ladof con resolución,—pues un hombre que usted odia, que tiene motivos para odiar, debe en efecto desaparecer, y desaparecerá. Pero sería preciso saber...

—Venga usted mañana por la tarde; encontraremos un momento para hablar, y le diré por qué le odio.

La orquesta concluyó, y les fué imposible cambiar una palabra más; el concierto terminó de igual manera.

Olga regresó á su casa, preguntándose porqué había dicho á Ladof una cosa tan comprometedora. Sin embargo, le era ya muy difícil retroceder... La verdad es que aquella permanencia en Pavlovsk, tan deliciosa para Ariadna, era para la joven princesa un suplicio continuo.

A cada instante se encontraba con Batourof y éste al mirarla lo hacía con una afectación y una sonrisa que excitaban el furor de la fierecilla. Hubiese querido ver reducido á polvo al insolente que la recordaba una de las tonterías que creía haber olvidado.

Y cuando la miraba, no solamente sufría en su orgullo de mujer, si no que sentía pesar sobre ella el infortunio de Ariadna, y los agujones del remordimiento y de la vergüenza destrozaban su alma agitada.

Batourof no tenía mal corazón, pero era revoltoso; le agradaba, como él decía, «incomodar á la pequeña Orlina».

Al visitar el instituto, no tuvo miras ambiciosas; ninguna palabra, ninguna acción inconveniente había cometido durante las visitas. Olga, por su parte, no tenía que enrojecer por ninguna familiaridad malsana; aquellas visitas habían sido simples travesuras; y tal vez si hubiese sabido cuanto irritaba á la joven su recuerdo, hubiese renunciado al placer de mirarla de aquel modo; pero en tanto era un entretenimiento excelente, y no tenía por qué privarse de él.

Olga, sin embargo, había llegado á un período de rabia reconcentrada que la hacía peligrosa; sin remordimiento, hubiese muerto á Batourof para hacerle desaparecer del mundo.

Al hablar con Ladof, lo hizo bajo la influencia de una excitación nerviosa, producto de la cólera largo tiempo reprimida; al recuperar la sangre fría, sintió deseos de retractarse; pero era tal vez menos insensible al amor de Constantino de lo que á sí misma quería confesarse. A decir verdad, pensaba en él, desde el día en que su madre, con una reprimenda indirecta, contuvo la sencilla expresión de simpatía manifestada por aquel joven.

Muchas pasiones novelescas se han desarrollado

en secreto en el corazón de las jóvenes porque sus madres han reprimido con severidad la primera expansión de cariño que han manifestado.

Olga esperaba que Ladof no vendría. ¡No fué así!

A las cuatro estaba en la terraza conversando con la princesa; su aspecto era menos indiferente que de ordinario.

No era de los que prometen para no cumplir, y la conducta de Olga había sido bastante extraña para permitirle las hipótesis más variadas y menos tranquilas.

Pasó una hora antes que pudiese bajar al jardín; por último, se presentó una señora invitada á comer, y el joven se apresuró á bajar los pocos escalones que separaban la terraza del jardín; encontró á Olga, que hacía lo menos una hora daba vueltas por el parterre, con toda la paciencia y la regularidad de una leona enjaulada.

Aquella hora de espera le había hecho bastante mal, pues al empezar el paseo estaba decidida á decir que todo fué una broma, pero al segundo cuarto de hora había visto pasar á Batourof, que la saludó guiñando el ojo, y esta aparición transformó por completo sus ideas; ya esperaba á Ladof como á un ángel libertador.

—¿Y bien, señorita?—dijo éste al estar á su lado.

—¡Y bien! caballero, es preciso que el señor Batourof muera ó bien que cese en la indigna conducta que desde hace tiempo sigue conmigo.

Ladof, estupefacto, permaneció ante ella, pálido de indignación, no atreviéndose á creer lo que oía.

—Sí—exclamó Olga,—porque tuve la debilidad de querer reír un día en el instituto, no sola, caballero, con otras; porque el señor Batourof dijo estar enamorado de mí, y me trajo bombones, se cree ahora con derecho para mirarme de la manera más ofensiva... ¡Le odio, le odio!—añadió Olga golpeando el suelo con el pie.

Dejó escapar las lágrimas de pronto. Felizmente las ramas de los árboles les ocultaban á los ojos de los espectadores de la terraza. Ladof se atrevió á preguntarla, y supo de qué clase eran los errores que la princesa Olga había cometido.

—Esto es muy grave—dijo.

A los veintitrés años, esas cosas parecen muy graves.

—Ocurra lo que ocurra, será usted obedecida, señorita.

Olga se arrepintió de haber hablado. En teoría, es muy cómodo hacer desaparecer á un hombre; pero como en la práctica se traduce en un duelo, y la joven era bastante inteligente para comprender que le habría, la cosa cambió por completo.

—Caballero—dijo con timidez,—¿no habría un medio?...

—Olga—gritó la princesa.—¿En dónde estás?

La joven se fué, no sin haber presentado antes la mano á Ladof, que apenas tuvo tiempo de besarla.

Durante la velada, Olga tenía una palidez que pareció de mal augurio á la princesa; á las nueve le mandó que se acostase; la pobre niña se apresuró á obedecer, pues era víctima de numerosas inquietudes.

Cuando se metió en el lecho, con una sumisión que provenía únicamente del miedo á que su madre la visitase, llamó á Ariadna, cuyo gabinete estaba contiguo al suyo.

—Escucha, Ariadna—dijo la vehemente joven,—es preciso que desahogue mi conciencia, ¡he sido muy culpable para ti!

A la vez que hablaba, preguntábase Olga con qué fin iba á hacer aquella confesión, pero estaba en el camino de las expansiones y su honrado fondo largo tiempo comprimido quería desahogarse.

—¡Tú! ¿para mí?—repuso Ariadna.

—Sí, siéntate en la cama y dame la mano. Y antes júrame que aunque te diga lo que te diga, no dejarás de quererme.

—Te lo prometo—respondió Ariadna sonriéndose.

—¡Pues bien! Cuando de tan mala manera te despidieron del instituto, había culpables, ¿tú lo sabes?

Ariadna hizo un movimiento de cabeza. Le costaba trabajo recordar tan dolorosos recuerdos.

Olga volvió un momento la cabeza, pero su recitud de espíritu le hizo recuperar el valor.

—Había señoritas que cometieron tonterías, y entre ellas estaba...

—¿Quién?—preguntó Ariadna con inocencia.

—¡Yo!—repuso Olga apoyándose con el codo en la almohada.

—¡Tú!—repuso Ariadna como si soñase; pero al estar menos sorprendida se hubiese dicho:—¡Tú! ¡Por eso has sido tan buena!

—¿Me quieres mucho, di?—preguntó Olga sacudiéndose la mano con fuerza.



—No—repuso Ariadna con lentitud,—no... tú me has demostrado bastante amistad... ¡no has sido tú quien hizo que me despidiesen!

—¡No, no!—repuso Olga sentándose en el lecho, —¡no y no! Fué esa horrible Grabinof quien lo inventó todo, y la superiora, que no valía más que ella, sabía perfectamente que era yo!

Entonces, la joven princesa contó á su humilde amiga las escenas que ocurrieron con motivo de su partida, y acabaron por reirse juntas ante el recuerdo de las numerosas picardías que entonces se hicieron á las señoras de clase.

Los recuerdos de la infancia, aun los de los peores días tienen la propiedad de mirarse por su lado cómico.

A pesar de la gravedad de la confesión de Olga, á pesar de las tristezas de toda especie que esta confesión hacía renacer en el alma de Ariadna, la princesa al ir á ver cual era el estado de salud de sus hijas las halló riendo hasta el punto de derramar lágrimas.

—¡Tienes fiebre, Olga!—le dijo.—¡Es posible que hagas esto!

Le arrojó las ropas, la almohada, y se retiró cuando en la habitación reinaba esa apariencia tranquila y soñolienta que conviene á un enfermo.

En efecto, Olga sufría; pasó una noche de cruel insomnio.

Lo mismo le sucedió á Ariadna; pero esta se acordaba de las amarguras de su pasada existencia, mientras que Olga, con el corazón aliviado por la confesión, veía el porvenir preñado de nubes amenazadoras.

## XXIV

Constantino Ladof, ardiendo en noble cólera, se dirigía al cuartel del regimiento al que pertenecía Batourof; pero acórdóse muy á tiempo de que todo el mundo estaría á la mesa, y se fué al restaurant de Vauxhall.

—¿Qué desea el señor?—preguntó un mozo diligente, pues no eran muchos los parroquianos.

—Lo mejor que haya—repuso Ladof distraído.

Le sirvieron una comida excelente y muy abundante, y comió tan distraídamente que dió un salto al leer la cuenta.

—¡Cómo! ¡He comido todo eso!—dijo al mozo, asombrado.

—Sí, señor, recuérdelo usted, el ánade con guisantes, el...

—Sí, sí—murmuró Ladof, --en efecto, pensaba en otra cosa...

Pagó y salió, estupefacto de ver que pueda comerse con tanta abundancia en el instante que luchan en el corazón los sentimientos más opuestos.

Después de haber tomado una taza de café y fumado un cigarro, Ladof se presentó en el cuartel. Batourof acababa precisamente de regresar, y cam-

biaba de traje para salir cuando Constantino se presentó en su pabellón.

—¡Hola! ¡buenos días!—exclamó el joven oficial al ver entrar á su amigo,—es extraño que vengas á verme.

—No he venido á verte—repuso Ladof desconcertado por tan cordial acogida,—es á decirte...

Batourof prorrumpió en risas.

—Si no has venido á verme, permíteme que sueñe. Toma un cigarro mientras acabo de vestirme ¿con tu permiso? Los hay buenos en el fondo de la caja. Los dé encima son para los intrusos; pero tú eres un verdadero amigo. Cógelo bien seco, los otros están húmedos.

Maquinalmente, Constantino alargó la mano sobre la mesa; pero se acordó que no había ido para fumar cigarros con Batourof, y volvió á recuperar su papel.

—Desearía tener una explicación contigo — dijo con severidad.

—¿Una explicación? Diez explicaciones, querido, tantas como quieras. Mira, dame el cepillo que está á tu izquierda. El animal de mi ordenanza tiene una idea muy vaga de su obligación.

—¡Bueno! ¿Qué quieres que te explique?—dijo cepillándose con fuerza.

—Tu conducta no es correcta y he venido á pedirte una explicación.

Constantino terminó esta frase con un ¡uf! interior. No se había imaginado que fuese tan difícil provocar á un joven fatuo.

—¿Qué?—exclamó Batourof, quedándose con el

cepillo en el aire, los ojos y la boca abiertos, en tal actitud que si Ladof le hubiese mirado, probablemente estallaría en risa; pero entonces miraba en el vacío.

—Ya lo has oído—repuso el paladín de la princesa Olga,—vengo á pedirte una explicación de tu conducta.

—¿Qué conducta? ¿Qué explicación? Mi palabra de honor, ¡tú has perdido el seso, Ladof!

Los brazos de Batourof cayeron, y el uniforme también; lo recogió, y con aspecto bastante grave fué á sentarse en frente de Constantino.

—¿Vienes á provocar un duelo? ¿Y por qué, haz el favor de decirlo? ¿Le he seguido el rastro á tu perro, he andado á latigazos con tu caballo, ó...?

—Basta de bromas—dijo Ladof con irritación.—Persistes cobardemente...

—¿Eh?—repuso el joven oficial poniéndose en pie.

—... Cobardemente—repitió Ladof,—en insultar con tus burlas á una joven digna de todos los respetos; esta conducta es indigna de un caballero.

—¿Que yo insulto á una joven? Sueño ó estás loco—repuso Batourof frotándose los ojos.—¡Nunca he insultado á ninguna joven!

—Es inútil negar; usted no hace más que agravar sus errores—replicó Constantino entrando no sin trabajo en su papel de provocador.—Yo aspiro á casarme con la joven á la cual diariamente falta usted al respeto...

—Pero al menos dime quién es esa joven. ¿Qué diablo sé yo si he faltado al respeto á alguna con quien tú quieres casarte! Verdad es que no soy

siempre muy respetuoso; convengo en ello, pero esto no lo hago en la sociedad donde tú irás á buscar una prometida...

—Basta de burlas. La joven que me envía...

—¡Con que es ella la que te envía! ¡Lo comprendo! ¿Puedo, al menos, saber su nombre?

—Todo fingimiento es inútil—replicó Constantino con firmeza.—¿Cuándo podré enviarle mis testigos?

—En seguida, si quieres—dijo con aspereza.—Si es preciso que me bata con un loco, prefiero hacerlo lo antes posible.

Ladof púsose en pie, saludó con gravedad á su amigo y salió con paso reposado.

Le costó algún trabajo encontrar testigos, no porque fuese difícil, y sí porque todo el mundo estaba en el paseo ó en el concierto; tuvo que resignarse á ir á buscarlos allí donde creía podría hallarlos.

Fué al Vauxhall; entre un vals de Strauss y la overtura del *Barbero*, encontró el primer testigo; media hora después encontró el segundo mientras la ejecución de un potpurri, muy en boga entonces, y que se llamaba *La vuelta á Europa* y en él Francia estaba fastuosamente representada por el *Mambrú se fué á la guerra*. Ladof explicó su querrela á un joven subteniente, novel representación del gremio de abanderados.

Los testigos se presentaron en casa de Batourof, quien fumaba con rabia. A las primeras palabras, al pronunciarse el nombre de Ladof, repuso:

—¡Imbécil! Me ha hecho perder una tarde magnífica, soberbia; tenía una cita...

Se mordió los labios y en seguida se puso á las

órdenes de los dos jóvenes. Aun no tenía testigos; pero la hora avanzaba, y encontró dos amigos dispuestos á servirle.

Se eligió el sitio; era el foso de un fortín que defendía los afueras de Pavlovsk; arma, la pistola; á veinticinco pasos de distancia; hora, las cuatro de la mañana, pues á las cinco era demasiado claro.

Los testigos se retiraron y los dos beligerantes pasaron cada cual una noche detestable.